OCTAVO DIA

MEDITACIÓN

DE LA VIDA Y VIRTUDES DE JUAN DIEGO

Era un hombre sencillo, recto, y temeroso de Dios, y retirado de lo malo.
(Job I. 1.)

Y su nombre era Juan, y éste vino á dar testimonio.
(Joan I. 6. 7.)

PUNTO PRIMERO

Ya que el neófito Juan Diego fué tan favorecido de la Santísima Virgen, escogiéndolo por mensajero de sus voluntades, muy conveniente será meditar, para nuestro aprovechamiento, sus méritos y virtudes. Considera, pues, cómo este hombre había vivido por más de cuarenta años sumergido en la noche del gentilismo, y en todos los horrores de la idolatría; nada se sabe de su vida en todo ese tiempo, y sólo podremos considerar que de él como de todos estos pobres idólatras se podría decir como San Pablo á los de Efeso: «Vosotros no erais en otro tiempo más

que tinieblas» (Ephes. V. 8), y es sabido que por tinieblas se entiende en la Sagrada Escritura, todo error de la inteligencia, y toda corrupción de la voluntad. Mas por la entrada á la Iglesia, y por la recepción del bautismo, vino á ser, «ahora empero, luz en el Señor» (Ibid.) Esta gracia parece ser haberla recibido á los cuarenta y ocho años de su edad, juntamente con María Lucía su consorte, recibiendo ambos entonces estos nombres cristianos. Lo cierto es, que asentaron tan bien en Juan con la gracia que recibió en el bautismo, la fe y la estimación de sus misterios, y la entrañable devoción á la Santísima Virgen, que con estar distante su pueblo dos leguas largas de Tlaltelolco acudía con gran prontitud á la misa de Nuestra Señora que todos los sábados se celebraba en el convento de San Francisco, y á la doctrina cristiana que en ese día y en los festivos se acostumbraba dar á los neófitos.

Y siendo así que la Sabiduría, y lo mismo la que es su Madre y su trono, «no entrará en el alma sucia y malévola» (Sap. I. 4), claro es que el alma de Juan era cándida y buena, pues que la Madre de Dios se dignó tan admirablemente visitarlo. Es de creer que todas las virtudes adornaban su alma, pues su fe resplandece en su prontitud para acudir á su ense-

ñanza; su devoción en levantarse tan de madrugada á asistir á la misa; su amor á María Virgen en ese culto que los sábados constantemente le tributaba; su humildad en creerse inepto para la embajada que se le confiaba, suplicando que á otro se enviase en lugar suyo, su obediencia en la prontitud con que hacía lo mandado, y aun su prudencia, en querer hacer primero lo de deber y obligación en acudir con los auxilios espirituales á su enfermo, que en gozar de la amable vista de la Madre de Dios. Tal fué el hombre á quien la Virgen Santísima hizo confidente de sus secretos y mensajero de sus amorosos designios.

PUNTO SEGUNDO

CONSIDERA que lo que principalmente resplandeció en Juan Diego, fué una admirable castidad; y como la Santísima Virgen gusta tanto de esta blanca azucena, y favorece con todo su poder á las almas puras, es muy de creer que la especial pureza de este corazón sencillo, fué lo que más le atrajo hacia él y le granjeó sus especiales favores. Oyendo, pues, Juan en la predicación de uno de aquellos fervorosos misioneros, los encomios de la

virtud de la pureza, enamoróse tanto de ella, que desde entonces hizo, y para siempre, vida fraternal con su buena consorte, continuando así la tradición de esos casados admirables que han conservado en su estado la pureza más grande, como San Elzeario con su esposa Delfina, y otras parejas igualmente heroicas y enamoradas de la castidad de que nos hablan las vidas de los santos. Después de las apariciones, Juan Diego se consagró enteramente al servicio de Nuestra Señora de Guadalupe: asistía cerca de la ermita donde la Santa Imagen estaba colocada, y hacía allí los servicios más humildes, como los pertenecientes á la limpieza y aseo de aquellos sitios. Dedicado á la oración, pasaba todos los días largas horas en compañía de aquella Señora que lo había arrebatado con su hermosura, que lo había encantado con sus palabras, y que desde entonces le había despegado el corazón de todo lo terreno, y se lo había elevado y fuertemente atraído á las cosas celestiales. De este continuo trato con Dios que en él advertían los naturales, procedía que le encomendasen muy á menudo sus negocios, y lo tomasen por intercesor para conseguir de la Santísima Virgen el buen despacho de sus súplicas. Dicen que algunas veces volvió á hablarle la gran Señora; y por lo menos se re-

fiere que estando una vez en la humilde ocupación de barrer el templo, la Virgen María le dirigió la palabra, dándole aviso de la proximidad de su muerte. No se encontraba él por su parte desapercibido para esa hora siempre temible, pues habíase ejercitado por largos años en ayunos y penitencias, recibiendo tres días en la semana el Pan de los ángeles, lo que acredita aun más el concepto que se tenía de su espíritu, no siendo esa época nada propensa á la comunión frecuente. Por fin á la edad de setenta y cuatro años, terminó su carrera mortal, siendo antigua tradición que en aquel trance la misma Virgen María le apareció para fortalecerlo y ayudarlo, lo cual es muy de creer de su bondad y amor maternal.

Aquí debemos pedir á María Santísima de Guadalupe, que se digne obrar en nosotros, los preciosos efectos que en su admirable visitación obró en este indio afortunado: que nos disguste del mundo y sus necias vanidades; que nos dé espíritu de retiro y de recogimiento, que nos haga mansos y castos, como lo pide la Iglesia en sus himnos; que nos dé una muy grande pureza, para hacernos aceptos á los ojos de Dios que tanto se agradan con esa virtud, toda celestial. ¡Hazlo así, Señora y Madre mía! Alcánzame las virtudes que me son necesarias para salvarme,

y entre ellas la humildad, la castidad, y una ardiente devoción hacia Ti, que me merezca cantar eternamente tus alabanzas en el cielo!

ORACIÓN

¡Cuán feliz y dichoso fué el neófito Juan! favorecido con la vista de María, con el habla de María, con la visita y los favores de María! ¿Mas que fué, Señora y Madre mía, lo que te hizo escoger á ese pobre indígena, de la tribu de los más bajos y sólo propios para el servicio? ¿qué viste en él para favorecerlo con exquisitas finezas? ¡Ah, Señora! Tú viste su humildad tan profunda, viste su devoción tan fervorosa, viste sobre todo su amor por la pureza, su castidad como virginal en el mismo estado conyugal; y eso fué lo que atrajo tus miradas y cautivó tu corazón. Reina de la humildad que te hizo llamarte esclava cuando eras elevada á la dignidad de Madre de un Dios, te deleitan las almas humildes y sencillas; Reina de la pureza que te constituye Virgen de las vírgenes, y modelo y guía de todas ellas, te arrebata la pureza, y esas dos virtudes que te hicieron tanto amar al otro Juan, el amado de Jesús, atrajeron tu amor y tus miradas sobre nuestro Juan, el hu-

milde y casto hijo de nuestras montañas. ¡Gracias, Madre mía, por tanto favor! y para hacernos dignos de atraer tus miradas y tus favores, danos hoy, Virgen de Guadalupe, esas mismas virtudes que tanto amas. Préstanos, te diremos como canta la Iglesia, préstanos una vida pura; venos preparando un camino seguro entre tantos peligros del mundo, para que teniendo algún día la dicha de ver á Jesús, contigo siempre y eternamente nos regocijemos. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.

NOVENO DÍA

MEDITACIÓN

DE LA RECEPCIÓN QUE HIZO EL PRELADO AL MENSAJERO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

No queráis creer á todo espíritu, mas probad los espíritus si son de Dios.
(1. Joan. IV. 1.)

Mas probad todas las cosas, y admitid lo que sea bueno.
(1. Thesal. V. 21.)

PUNTO PRIMERO

CONSIDERA la pronta y gustosa obediencia de Juan Diego, que apenas oído el mensaje de la Virgen soberana, se dirige presuroso á la casa del Prelado á quien difícilmente llega á hablar. Difíciles son todas las obras de las virtudes, y Dios permite esas dificultades para incremento de mérito en nosotros, si bien el demonio las suscita para entibiarnos, y estorbarnos, si puede, la realización de las obras piadosas y buenas. En lo material no era ni el orgullo ni el despotismo

lo que dificultaba la entrevista con el Obispo; eran la multitud de negocios que ocupaban á aquel santo varón que no le dejaban atender á todos con la eficacia que hubiese querido. Mas por fin, Juan es recibido, refiere su embajada, y el Prelado, ó se impresiona poco del asunto, ó por lo menos, muestra semblante de quien no se impresiona, y despide á aquel singular mensajero, que en tan pobre figura, se dice el enviado, nada menos que de la Virgen María, Madre de Dios. Aquí, juzgando nosotros después del suceso, y por consiguiente desde un punto de vista falso, parece como que inculpamos al Prelado; como que su vacilación nos indigna, y su fría recepción del virginal mensaje nos choca como injusta. Pero ¿tenemos razón de juzgar de esta suerte? ¿Fué en realidad el primer Obispo de México, injusto con Juan Diego, ó por lo menos mostróse apático y remiso?

PUNTO SEGUNDO

No; el venerable y sabio religioso, investido con la autoridad episcopal, ni pudo, ni debió ciertamente obrar de otra manera. La Iglesia encarga una grande prudencia, y mucha circunspec-

ción en estos casos, y la Sagrada Escritura recomienda que no se dé crédito á todo espíritu; que se prueben suficientemente hasta que conste que sea de Dios, y que todas las cosas, por seguras que puedan aparecer, todas sin excepción, sean probadas por la autoridad competente, reteniendo sólo aquello que aparezca justo y legítimo. Quien haya leído la historia de las apariciones de Lourdes, se maravillará de ver al clero, no sólo indiferente, sino hasta hostil en cierto modo; y los sucesos posteriores probaron que su conducta fué sumamente prudente y discreta. Así el Prelado mejicano: ni quiere, ni debe creer al primer paso una revelación tan extraña; debe mostrarse indiferente y aun adverso, hasta cerciorarse de la verdad de los hechos, y de la buena fe de aquel indio recién convertido, cuyas tribus propendían grandemente á las supersticiones que apenas acababan de abjurar en el bautismo. Prudente fué, pues, en no querer dar crédito de pronto á aquel indígena; prudente al mostrarse sereno é impasible su semblante; prudente al no darle otra respuesta que mandarle volver en otra vez, pues que el tiempo daría lugar á la reflexión y aclararía la verdad poco á poco. Aprendamos de aquí á respetar á los ministros de la Iglesia, y respetar sus fallos, aun-

que sean á veces contrarios á nuestros deseos y á nuestros gustos; no queramos nunca dirigirnos por nuestras luces particulares aun cuando nos parezca que son venidas de lo alto, porque esto será principio de alucinaciones y caídas. «¡Ay de vosotros los que pensáis cosas inútiles!» dice el Espíritu Santo (Mich. II. 1.); y también: «¡Ay del que está solo, que cuando cayere no habrá quien lo levante.» (Eccle. IV. 10).

ORACIÓN

No permitas jamás, Madre mía de Guadalupe, que yo me separe de las santas reglas de la Iglesia, ni interprete las decisiones de mis superiores por más que me parezcan duras y amargas. Yo sé que Dios mismo ha puesto á los Obispos para regirla, y que nuestro adorable Salvador hablando de los superiores los autorizó con aquellas palabras: «el que á vosotros oye, á mí me oye, y el que á vosotros desprecia, despreciame á mí mismo». (Luc. X. 16.) Y así no me dejes, Virgen Santísima, encaminarme á mí y á los míos por mis propios dictámenes, sino haz que en todo siga las disposiciones de los superiores: que ni el

culto que me complazco en tributarte no salga de las prescripciones de la Iglesia, ni quiera introducir prácticas que no autorice. Y de este modo, siendo hijo dócil, obediente y sumiso de la Santa Madre Iglesia, seré hijo querido de mi Santísima Madre María, y mereceré verla en la bienaventuranza para siempre. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.

DÉCIMO DÍA

MEDITACIÓN

DE LA VUELTA
DE JUAN DIEGO Á LA VIRGEN SANTÍSIMA, Y LA SEGUNDA APARICIÓN

> Escogió Dios lo que en el mundo es estulto, para confundir á los sabios; y lo débil del mundo, para confundir á lo fuerte; y lo ignoble y despreciable del mundo eligió Dios, y lo que no tiene sér para destruir lo que tiene sér.
> (I. Cor. I. 27, 28.)

PUNTO PRIMERO

CONSIDERA como Juan Diego volvió por la tarde del mismo día del sábado con dirección hacia su pueblo, y al pasar por el mismo lugar en donde la Virgen Santísima le había aparecido, como levantase los ojos al sitio elevado que ella ocupaba, vuélvela á ver hermosa, resplandeciente y llena de dulzura, demostrando estar en espera de su enviado. A un ademán de la Reina del cielo, Juan sube á donde Ella se encuentra, y haciendo varias inclinaciones en reverencia y honor suyo, comienza á dar cuenta de su embajada, diciendo cómo el Prelado le había recibido humanamente, le había escuchado hasta el fin, le había hecho multitud de preguntas acerca de su mensaje; pero que había terminado por remitirlo á otra vez en que hubiese más oportunidad de tratar el asunto, y de la tibieza que mostró al despedirlo, colegía que ni quedaba enteramente satisfecho, ni daba entero crédito á su narración: que por tanto, concluía suplicándole, se dignase encargar aquel negocio á otra persona de más suposición y de más lustre, á quien el Obispo diese más crédito, pues él no era para el caso como acababa de verse.

Pondera aquí la bondad y la fineza de María Santísima de Guadalupe, que con tantas veras emprende los negocios de nuestra salvación, como si en ellos fuesen sus más caros intereses: parece que tiene alborozo. que tiene prisa como nosotros cuando esperamos algún suceso muy grato, que nos ponemos á aguardarlo muy de asiento; y acudimos á los sitios y lugares que nos acercan á su realización ó desenlace. Así la Virgen de Guadalupe, no se cansa de esperar á su humilde mensajero: colócase en el sitio por donde debe pasar forzosamente, mírale llegar, atrae hacia ella sus miradas, y por fin le

trae á su presencia como impaciente por saber el efecto de sus palabras y el resultado de sus mandatos. ¿Eres tú así, ¡oh alma! para gestionar los negocios de tu salud eterna? ¿Insistes desde la madrugada hasta la tarde, en las santas empresas, sin quejarte de las dificultades, sin arredrarte por los trabajos, sin desfallecer por las fatigas que acompañan siempre el cumplimiento de las obras de misericordia? ¿Preguntas cuidadosa y solicita, á todos aquellos que pueden ilustrarte con sus luces, y guiarte con sus prudentes consejos por el camino de las virtudes?... Dichosa tú, si así lo haces y de este modo te portas. Pero si no, deplora tu tibieza y negligencia, y pide á la Santísima Virgen el remedio de las necesidades de tu alma.

PUNTO SEGUNDO

CONSIDERA, cómo á las palabras del neófito, con que se excusaba humildemente y proponía se mandase otro mensajero, la Virgen de Guadalupe respondió: «Agradezco, Juan, tu cuidado y obediencia: mas sabe, que aunque tengo muchos á quien mandarlo, pero conviene que tú y no otro lo solicites y efectúes; y esta es

mi voluntad, en cuya conformidad te ordeno que mañana vuelvas al Obispo, y le digas cómo por segunda vez te mando que le lleves el mismo recado de mi parte. Ve y haz lo que te mando, que yo te gratificaré esta diligencia.» Pondera en estas palabras lo primero, la bondad maternal del corazón de María, que agradece la obediencia de Juan. Bien poca cosa por cierto era llevar un recado á la ciudad donde ya se dirigía: y sin embargo, la Virgen Santísima agradece este cuidado y obediencia. Por eso debemos ser muy devotos de Nuestra Señora, muy cuidadosos en su culto, muy obedientes á sus inspiraciones, porque Ella todo lo agradecerá, hasta el rezo de una sola Ave María, hasta el mirar con devoto afecto su sagrada imagen; el amor que nos tiene la hace valorizar nuestras pequeñitas obras de un modo que por sí mismas están bien lejos de merecer. Pondera lo segundo, cómo la Virgen soberana, tiene muchos á quien mandar y á quien dictar sus voluntades. Y para una alma que la ama, es muy dulce considerar cuánto ha crecido y sigue creciendo en nuestros tiempos, el número de las almas que aman á la Madre de Dios, que irían llenas de gozo á donde Ella las mandase, aunque fuere á los dolorosos tormentos del martirio. Muchos ha tenido siempre á quien mandar, mu-

chos que la obedecen como hijos, que la sirven como esclavos, y que se sienten felices al pertenecerle y servirla; pero hoy, á pesar de las blasfemias de los impíos, de las persecuciones de los sectarios, y del odio de las sociedades secretas, el número de los siervos de la Virgen crece y se aumenta cada día, y testigo de ello, es el mes que se le celebra en todo el mundo católico, que entusiasma á los pueblos, y trae cada vez á sus plantas millares de corazones nuevos que antes no la conocían ó no la amaban. Da tú gracias á Dios, de contarte en el número de los devotos de María, y haz cuanto esté á tu alcance por extender su devoción y su culto por todas partes. Pondera lo tercero, cómo asegura la Reina del cielo, que conviene que sea precisamente Juan Diego, y no otro, el portador de su mensaje al superior de la Iglesia. Así convenía en efecto, como convino elegir unos pobres pescadores para fundar la Iglesia, para que la debilidad del instrumento mostrase la intervención divina más claramente. Y así el Apóstol San Pablo con muy enérgicas palabras dice que Dios eligió lo débil, lo innoble, lo despreciable, lo que es nada, según el mundo, para confundir sus grandezas y sus fuerzas. Por otra parte, la Virgen María, quería honrar y rehabilitar en Juan Diego, á

toda su raza de quien se atrevían á dudar aun de su capacidad para la recepción de los sacramentos, y para que se viese cuán distintos son los juicios del cielo, de los vanos juicios de los hombres. Por eso la Virgen de Guadalupe, manda otra vez al mismo neófito, y lo alienta con la dulce promesa de gratificarle su diligencia. Demos gracias á María nuestra Señora por tales favores, y procuremos ser cada día más diligentes en su amor y servicio.

ORACIÓN

Tan en el corazón tienes, Señora, nuestro bien y nuestro provecho, tanto te interesas por favorecernos y beneficiarnos, tan fino y tan tierno es el amor de madre que nos profesas, que no te desdeñas de esperar á un pobrecillo indígena en medio del camino, como si tu felicidad y tu gloria pendiesen de nuestra utilidad y nuestra dicha. Y así desciendes segunda vez á la montaña, y acechas la vuelta de Juan Diego, y amorosa lo aguardas, y benigna lo miras llegar, y afable lo llamas á tu presencia. Y escuchas de su boca lo que mejor que él ya sabes; y oyes la difusa relación de su embajada, y no te desagradas de la voz de un hombre rústico

é ignorante, Tú que gozas continuamente de los deliciosos conciertos de los ángeles! ¡Bendita sea, Señora y Reina mía, tanta bondad! ¡alabada y enzalzada sea por siglos eternos tamaña dignación! Yo quiero ir siempre donde Tú me mandas, aunque conozco cada día más mi indignidad y mi vileza; no he de desanimarme por las dificultades y contratiempos que en las obras de piedad se presentaren; procuraré ser muy constante en los obsequios que quiero tributarte, acordándome de tu admirable agradecimiento con que estimas las menores fatigas, y premias los más insignificantes servicios. Ayúdame pues, Virgen Santísima, para que dócil á tu voz, perseverando fiel en tu culto y devoción, vaya algún día á conocerte y alabarte allá en el cielo.

Ave María y oración para después de la meditación.

UNDÉCIMO DÍA

MEDITACIÓN

SOBRE OTRAS ENSEÑANZAS QUE EN LA SEGUNDA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA SE CONTIENEN

Mira, y procede conforme al ejemplar que se te ha mostrado en la montaña.
(Exod. XXV. 40.)

Desde el amanecer hasta la noche, espere Israel en el Señor.
(Psalm. CXXIX. 6.)

PUNTO PRIMERO

CONSIDERA en la misma segunda aparición verificada en el mismo día sábado, por la tarde, la paciencia de la Santísima Virgen: su enviado acababa de ser desatendido, su deseo no escuchado, y su voluntad misericordiosa había sufrido una repulsa. Pero así como Jesucristo, rechazado por los samaritanos, y rogado por los apóstoles Juan y Santiago á hacer que descendiera fuego del cielo para consumirlos, lleno de mansedumbre